

**Apuntes de la Asamblea con Julián Carrón
en el *Equipe* de Gioventù Studentesca
Cervinia, 3 de septiembre de 2016**

- *Haja o que houver*
- *Leaning on the everlasting arms*

Alberto Bonfanti. Agradecemos de corazón a Julián que esté aquí con nosotros y que nunca nos abandone. Releo la invitación para esta asamblea, que partía de su saludo al finalizar el Triduo: «Todos sabemos por experiencia que no es fácil encontrar a alguien que viva a la altura de su propio deseo. De igual modo, sabemos que sin la presencia de un amigo grande nos rendiríamos enseguida ante las urgencias de la vida». Partiendo de aquí, nos hemos preguntado: «¿Has tenido experiencia en este tiempo después del Triduo, sobre todo durante las vacaciones, de un amigo que no te abandona?». Empezamos la asamblea.

Julián Carrón. ¿Habéis encontrado alguna respuesta a esta pregunta en las Laudes que acabamos de rezar? ¡*Silence!*

Fijaos que podemos empezar la mañana sin estar presentes en lo que hacemos, y entonces lo que hacemos no sirve para esta finalidad de buscar a alguien que esté a la altura del deseo. ¿Quién de vosotros ha encontrado en las Laudes de esta mañana a alguien a la altura de su deseo? ¡Nadie! «Prosigo mi carrera hasta alcanzar a Cristo, por quien yo ya fui alcanzado» (Flp 3,12). ¿Quién dice esto? Nadie responde. ¡San Pablo! San Pablo había encontrado a Alguien que no solo le había aferrado, sino que había desencadenado todo su deseo. Pero sigo mi carrera hasta alcanzar a Cristo justamente porque yo ya he sido aferrado por Cristo. Existe un Amigo que no elimina mi deseo, que no lo deja a un lado, que no lo reduce, sino que lo exalta, y por eso me hace proseguir en mi carrera hasta alcanzarle. ¿Qué debió de encontrar san Pablo para decir esto? ÉL, que siempre había tenido esta tensión –como dice él mismo en sus cartas: «Aunque también yo tendría motivos para confiar en la carne. Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable» (Flp 3,4-6), no se conformaba con cualquier cosa, con una vida tranquila–, ¿qué habrá encontrado para afirmar que lo que le ha sucedido ha despertado en él las ganas, ha vuelto a poner en movimiento todo su deseo de proseguir en su carrera para alcanzar a Cristo? ¡Sin esto, amigos, la vida es monótona! Antes o después, después de la efervescencia de la adolescencia, todo se vuelve monótono. Esto nos lo decía un adulto, y a todos nosotros, que éramos más jóvenes que él, nos gustaría tener este deseo de proseguir de este modo en nuestra carrera para alcanzar a Cristo. Os digo esto porque me disgusta que perdamos el sentido de lo que hacemos, porque si no es apasionante rezar las Laudes, entonces se convierte en un formalismo *cielino* que antes o después dejará de interesarnos. Rezar ya no será ir en busca de alguien que me pone de nuevo en movimiento, por el que yo prosigo mi carrera. Es lo que le sucedió a María Magdalena, que no puede quedarse

quieta y se levanta antes que los demás para ir a buscarle. Si no hacemos esto, somos ya unos viejos; aunque en vuestro DNI ponga que sois jóvenes, ¡sois viejos! María, ¿eres joven todavía o no?

Creo que sí. Este verano he estado tres semanas estudiando inglés en Dublín, y allí he conocido a muchos chicos, sobre todo italianos, que estaban en la escuela conmigo. La primera cosa de la que me he dado cuenta es que con respecto a ellos, me sentía como un pez fuera del agua, en el sentido de que era la única cristiana, la única –al menos eso creía– que no era cínica, que tenía una esperanza, los demás ya estaban...

Daos cuenta: «La única que no era cínica, la única que tenía una esperanza», a su edad, entre todos sus compañeros.

Hablando con una chica, empezamos a hablar en un momento dado de la religión y ella me dijo: «Yo he dejado de creer, porque creo que todo es una mentira que el hombre se ha inventado porque tiene miedo a morir, y de este modo tiene una esperanza para seguir adelante. Yo no tengo ningún miedo a morir, porque de todas formas voy a desaparecer, y tampoco tengo miedo a sufrir, después no sentiré nada. Solo me da pena por las personas que se quedan aquí». En ese momento le dije: «Pero, ¿cómo dices eso? No es posible. Yo quiero creer que sí tenemos el deseo de que las cosas no terminen, debe existir algo que satisfaga ese deseo». Después de aquello he pasado verdaderamente todo el verano, cada día, pensando en lo que ella me dijo, y esto me ha hecho entrar totalmente en crisis, porque me he dado cuenta de que me parece más fácil, aunque sea desilusionante, y más racional incluso, creer que vivimos nuestra vida y luego desaparecemos antes que tener que creer en el Paraíso, que me parece un poco como un sueño vacilante, indemostrable. Esto es lo primero: me parece que su hipótesis, que ha minado toda mi vida de cristiana, es más creíble que la mía, más defendible. La segunda pregunta en cambio tiene que ver con GS...

Y entonces, ¿por qué estás aquí?

Estoy aquí por esta pregunta, para encontrar una respuesta.

Por esta pregunta. Perfecto. Esta es ya una razón adecuada: por una pregunta.

Y la segunda es esta: al contar esto...

¿Podemos retomar la primera pregunta? ¿Qué tienes en tu experiencia para responder a esta pregunta? Prestad atención, porque vosotros, como no os dais cuenta de lo que sucede, no reconocéis en vuestra vida la respuesta a la pregunta; y de este modo, una persona a la que conoces te tumba con la primera pregunta que te hace. ¿Y cuál es tu tentación? Venir aquí para que yo responda a tu pregunta. Pero yo no tengo ninguna intención de responder. Solo quiero ayudarte a encontrar la respuesta. Lo hacemos juntos, yo no hago nada prescindiendo de ti, porque en caso contrario me habría quedado en casa hoy. Hagamos juntos el descubrimiento partiendo de lo que tú has dicho, porque tú nos lo has dicho ya, el problema es que no te has dado cuenta. ¿Qué es lo que has dicho? Si hubieses sido consciente habrías podido decir a tu amiga... Ya te he dado una pista cuando he retomado tu frase – «la única que no es cínica, la única que tiene una esperanza»–. ¿Te gustaría ser cínica como ella, no tener esperanza?

No.

Entonces, ¿de dónde te viene esta esperanza?

De la vida que he vivido.

Entonces, ¿tienes algo que decirle a tu amiga?

Sí.

No un sueño, porque un sueño no despierta en ti esta esperanza. ¿Es un sueño lo que te ha permitido no sucumbir al cinismo?

No.

¿Qué ha sido?

Una vida concreta.

¡Un hecho! Un hecho, no un sueño. ¡Un hecho! Pero como no nos damos cuenta de esto, no vemos la diferencia. ¿Te gustaría llegar a ser como los chicos que has conocido allí? No. ¿Por qué no? ¿Porque eres más moralista? ¿Porque es una beata? ¿Porque tienes miedo a la muerte, como dice ella? ¿Es por esto que tú no quieres ser como ellos? No. ¿Por qué? Porque no quieres perderte lo mejor de la vida. ¡En absoluto por miedo!

¿Puedo hacer una segunda pregunta?

¡Venga, adelante! Un profesor mío me decía: «Los buenos toreros se hacen con buenos toros». Yo necesito un toro. Por eso te estoy desafiando, porque si no, no puedo dar lo mejor de mí. Te necesito, ¡desafiame tú también!

He pensado en mi vida, he pensado en GS y me he dicho: podría incluso marcharme y ver cómo estoy sin todo esto, porque de hecho es la experiencia lo que me hace ser cristiana.

Es verdad. ¿Y entonces?

Yo no puedo irme, no puedo, no lo consigo. Sin embargo me ha entrado esta duda: ¿Y si GS fuese solo una forma bonita de vivir que el hombre ha encontrado en un momento determinado de la historia? La duda que me ha entrado es que, como yo tengo mucho afecto a GS y no puedo concebirme sin GS, esto podría ser una forma bonita de vivir que el hombre ha encontrado, pero después todos acabamos desapareciendo.

Podría ser. O podría ser lo contrario. Tú deja abierta esta pregunta porque a esta pregunta no puedo responder yo. No es que no quiera responderte, el problema es que no te sirve que te responda yo. Es necesario que tú lo verifiques en tu experiencia. Hasta ahora, ¿ha sido GS capaz de despertar todas las ganas de vivir que no ves en la gente de tu edad? ¿Y qué te hace pensar esto? Que todos los demás, con todo lo que tienen en la cabeza, con todas sus teorías, no tienen un instante de esa esperanza que tú tienes, y no tienen un instante de esa victoria sobre el cinismo que tú tienes. Tú tienes que hacer las cuentas con eso. ¿Qué es lo que ha despertado en ti la esperanza? ¿Es solo una ilusión? ¿Es solo un sueño? Lo que ha hecho brotar en ti la esperanza, ¿ha sido una capacidad tuya de *performance* o ha sido algo que te ha sucedido en la vida?

Ha sido algo.

Entonces, decía don Giussani a los chavales al comienzo del movimiento, la vida de GS es verificar esto. Y tú crecerás en la certeza, incluso delante de todas las objeciones de las personas con las que te encuentres por el camino, como cuando vas a Dublín, porque te habrás llenado de razones. Porque ir a Dublín y conocer a una chica como aquella te ha dado más razones de lo que tú portas. Si tú te dices cuenta ahora de lo que has dicho, del encuentro con una persona que te ha planteado esa pregunta, tú deberías estarle agradecida para el resto de tu vida, porque te ha hecho ser consciente de lo que portas. Entonces podemos entender que lo que nosotros percibimos como una objeción,

incluso alguien que nos hace entrar en crisis, es un bien para nosotros. Menos mal que existe alguien que me hace entrar en crisis, porque al hacerlo me doy cuenta de lo que tengo. ¿Recuerdas algún episodio de la vida de Jesús en la que los apóstoles entraran en crisis y esto les hiciera comprender lo que habían encontrado? No es que los discípulos fuesen afortunados porque tenían a Jesús, mientras que nosotros seríamos “desafortunados” porque no lo tenemos delante de nosotros. Nosotros tenemos los mismos signos que los apóstoles y los mismos desafíos que los apóstoles. Dime un ejemplo del Evangelio en el que se vea esto. ¡Uno, no es demasiado, uno!

Quizá cuando están en la barca y se desata la tempestad; Jesús duerme y ellos tienen miedo porque se están ahogando, no sé.

Este es uno.

Jesús duerme y en un momento dado le despiertan. Él se despierta tranquilo y calma la tempestad.

Este es un ejemplo. Cuando se vieron verdaderamente desafiados es cuando se quedaron solos con Jesús, después de que todos los demás se fueran (como te ha pasado a ti: eras el único pez fuera del agua), porque los demás pensaban: «¡Este tío está loco!». Después de haberle escuchado hablar del pan de la vida que era su cuerpo, exclamaron: «¡Está como una cabra!». Y se marcharon todos. En ese momento los discípulos entraron en crisis, sufrieron una crisis, justamente como te ha sucedido a ti. ¿Y que hace Jesús para ayudarles a afrontar la crisis? ¿Hace algún milagro más? Como si dijera: «Ahora resuelvo vuestra crisis con un milagro y os digo quién soy». Pero los discípulos habían visto ya demasiados milagros. Un milagro más, ¿habría resuelto algo? No. Si Jesús hubiese hecho efectos especiales en plan Hollywood, ¿les habría atraído más? Los efectos especiales no sirven para atraer. ¿Qué más hizo Jesús por sus amigos? Les planteó una pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67). En vez de darles otra razón para que se queden, Jesús les desafía aún más. No resuelve la crisis, como muchas veces los mayores quieren hacer con vosotros dándoos sus respuestas. Jesús no se comporta así, sino que les plantea una pregunta, haciendo más radical la crisis de los discípulos. ¿Por qué? ¿Qué está haciendo Jesús? ¿Qué confianza tiene Jesús en los apóstoles para plantearles una pregunta sin ofrecer la respuesta? Es lo que yo estoy haciendo contigo. Te estoy diciendo que en tu experiencia tú tienes ya la respuesta a tu pregunta, pero no te das cuenta. ¿Cómo puedo ayudarte? Planteándote una pregunta –como hizo Jesús: «¿También vosotros queréis marcharos?»–: ¿Por qué has venido aquí esta mañana?

Para responder a esta pregunta.

Tú has tenido que darte razones para estar hoy aquí, porque si esta crisis te hubiese tumbado, habrías pensado: «Este es un grupo de gente que está como una cabra, ya no vuelvo más». Entonces, ¿por qué estás aquí? Porque has hecho un recorrido, y la crisis no te ha hecho hundirte. Y este recorrido te ha dado una razón, tú te has tenido que dar una razón para venir aquí. Esto te ha hecho crecer, ser más tú misma. Pero no porque hayas tenido una visión, porque Jesús haya usado efectos especiales o porque alguien te haya convencido de que los demás están locos, no, sino porque te ha permitido reconocer la experiencia que tú has hecho. ¿Qué hace Jesús con la pregunta que plantea a los discípulos? Les obliga a darse razones de por qué están con Él. Y para darse las

razones tienen que volver a mirar toda la vida que han pasado con Él. Jesús les induce a sacar desde las entrañas de la experiencia que han vivido con Él la conciencia de por qué merece la pena estar con Él; y entonces Pedro dice: «Señor, ¿a quién vamos a acudir?» (Jn 6,68). Es lo mismo que te ha pasado a ti: si yo me marcho de aquí, ¿a dónde voy? Entonces la crisis es un momento apasionante, si uno no se asusta. Jesús, en vez de responderles, les ha desafiado. Nosotros muchas veces somos perezosos, y descargamos la pregunta sobre alguien que nos ahorre tener que responder. Pero un amigo es aquel que cree verdaderamente que tú eres capaz de reconocer en tu experiencia lo que ya se da, y por eso te desafía y te dice: «Deja de ser perezosa, tómate en serio tu pregunta y busca la respuesta en tu experiencia, porque existe, porque si no fuera así no estarías aquí». ¿Por qué estoy convencido de que tú la tienes? Por lo que has dicho antes. No tengo que inventarme nada y no tengo que hacer un acto de fe en algo que no veo para convencerme de que tú tienes la respuesta. Lo que has dicho, la experiencia que has hecho y tu estar aquí testimonian que ya tienes la respuesta. Lo repito: amigo es aquel que te ayuda a hacer este trabajo, porque si quiere ahorrártelo te está tomando el pelo, porque es como si te dijese: «En el fondo eres tonta, no puedes llegar a la respuesta, y por eso te la doy yo». ¡No! Tú no eres tonta; Jesús no trata a los discípulos como idiotas. Pero si te dejas tratar como tonta, no es porque lo seas, sino porque aceptas ser tratada así. No echéis la culpa a los mayores porque hacen esto, porque vosotros no sois tontos, ¡pero fingís que lo sois! ¿Os dais cuenta de que para vivir es necesario ponerse en juego? Esto es apasionante, porque entonces cualquier cosa que hagamos es para esto, nadie te lo puede ahorrar. Porque la respuesta la tienes en ti. Si acaso, es una pregunta lo que debemos dirigirnos, como has hecho ahora, para ayudarnos a descubrir el camino. Pero el camino es verdadero si te permite descubrir lo que tú ya tienes en tu experiencia, no debo decirte algo para que sigas mis consejos. El comienzo de todo es un hecho que nos ha sucedido, y que por ello tenemos en nuestra experiencia. Gracias.

Cuando me enviaron la pregunta sobre la que teníamos que trabajar para el Equipo, pensé enseguida que no podía dejar de contar lo que me ha sucedido este verano. Todo el mes de julio he estado en Dublín con tres amigas para aprender inglés. Antes de marcharme no tenía ni idea de lo que me esperaba. Me asustaba un poco esta nueva aventura, porque no conocía mucho a las amigas con las que iba. De hecho, los primeros días fueron terribles. La familia en la que estaba no me gustaba, y me sentí muy sola. No veía la hora de volver a casa para encontrarme con mis amigos, con mi novio y con mi familia, y mi único pensamiento era todo lo que me estaba perdiendo en mi ciudad. Sin embargo, la realidad era otra, porque tenía que estar allí todo el mes, y por eso todo lo que podía hacer era fiarme de Otro y aceptar lo que se me daba. En realidad no sabía muy bien cómo hacer. Hablar de fiarse es sencillo, pero fiarse de verdad es más difícil. Este mes ha sido una gran ayuda para comprenderlo.

¿Lo veis? También este mes ha servido para comprender, porque no comprendes mirando para otro lado, sino atravesando las circunstancias.

De hecho, todo cambió cuando me di cuenta de que yo, en realidad, no tenía que hacer absolutamente nada más que ser yo misma delante de todo lo que tenía delante. El

resultado ha sido precioso. Cuando conoces a personas de otros países que tienen una vida, unos pensamientos y una religión distintos de la tuya, estás obligado a medirte con ellos y a mantener un diálogo. Y desde el momento en que yo me ponía así delante de ellos, ellos se daban cuenta de que en mí había algo distinto que les interesaba. Sin que hiciese nada de especial, las personas percibían en mí algo verdadero e interesante de seguir. Un ejemplo de esto es una amistad preciosa que ha nacido con unos chicos turcos que estaban en mi clase. Al principio ellos no hablaban con nadie, eran muy cerrados y casi daban miedo al resto de la clase. Un día mi profesor me puso hacer el speaking con estos dos chicos. Al principio no sabía qué hacer, porque no querían hablar conmigo. Entonces decidí lanzarme y empecé a contarles lo que había hecho el día anterior. Hablé durante casi diez minutos sin parar cuando, en un momento dado, se me escapó que, como era domingo, había ido a misa. Esos dos chicos turcos, musulmanes, levantaron repentinamente la cabeza y empezaron a hacerme muchísimas preguntas sobre mi religión. Yo no pensaba en lo que estaba sucediendo, pero de esa conversación con ellos ha nacido una amistad preciosa. Ellos se abrieron muchísimo conmigo, y a continuación con toda la clase. Hablábamos con mucha frecuencia y comparábamos nuestras religiones. Un día, hablando justamente de esto, me señalaron una cosa que me impresionó mucho. Durante las clases, Omar, uno de ellos, me preguntó cuánto tiempo hacía que era cristiana; casi sin pensarlo, yo le respondí que era cristiana desde el nacimiento, aunque mi encuentro con Cristo había sido gracias a la compañía de GS al empezar el liceo. Aquellos dos chicos se quedaron sorprendidos por lo que les estaba diciendo, y con los ojos muy abiertos, me miraron y me dijeron: «¿Lo ves? Esto es justamente lo que nos falta a nosotros: un encuentro verdadero, porque a nosotros muchas veces nuestra religión nos la imponen, mientras que se ve que tú la tienes viva dentro de ti». ¿Quién lo habría dicho? Dos turcos que me hicieron recordar la cosa más grande que me había encontrado, que me hicieron darme cuenta todavía más de lo que yo tenía. El resto del mes estuvo lleno de encuentros con personas que, al mirarme, se quedaban impresionadas por mi modo de estar frente a las circunstancias. Otro ejemplo muy bonito es la amistad que ha nacido con un chico siciliano. Tres días después de conocernos él vino a mí y me dijo estas palabras: «Me doy cuenta de que en la vida hay una gran diferencia entre las personas que existen y las personas que viven, y tú tienes ojos que viven. Dime cómo haces. Yo necesito aprender a vivir». Hablando con él, me di cuenta de que teníamos el mismo deseo de estar bien, la misma necesidad de ser felices. Durante ese mes me pude dar cuenta también de la importancia de la Escuela de comunidad. De hecho, aunque estaba en otra ciudad, con amigas distintas que no son de mi grupo, percibimos la necesidad de seguir haciéndola, aunque solo éramos cuatro. Un día invité a la Escuela de comunidad al chico siciliano, aunque al principio rechazó venir. A mitad del gesto entró en la habitación en la que estábamos, y nos preguntó si podía escuchar. En el momento en el que entró yo estaba contando cómo me sentía amada en aquel momento, un amor tan grande que definía mi forma de estar delante de las cosas. Al final de la Escuela de comunidad, el siciliano se puso delante de nosotras con toda su necesidad y nos preguntó: «Pero, ¿de verdad os sentís amadas? Porque yo quiero sentirme así. Quiero estar bien como vosotras». Son solo ejemplos banales que han marcado todo mi mes en

Dublín. He recibido un regalo detrás de otro. Cada día había algo o alguien que me hacía caer cada vez más en la cuenta de la grandeza que he encontrado. Cada día era para mí una confirmación mayor; incluso un profesor, a mitad de la clase, me miró y me preguntó cómo hacía para estar siempre feliz en clase. Nunca había tenido un alumno tan sonriente, y se dio cuenta de que mi sonrisa había cambiado a toda la clase. El último día, cuando vino a despedirse, me dijo que recordaría mi sonrisa durante mucho tiempo. A otro profesor, que era un tipo un poco extraño, le gustaba mucho hacernos hablar en clase de temas fuertes como la religión, los gays o la ideología de género; con mucha frecuencia me veía defendiendo sola mis opiniones y aquello en lo que yo creía. Ese profesor era siempre el primero que se oponía a mí, y trataba por todos los medios de provocarme y de hacerme preguntas a las cuales yo no hubiera podido responder. En todas estas conversaciones yo trataba de no ir contra nadie, sino simplemente de ser verdadera con lo que pensaba y con lo que había encontrado. Incluso ese profesor, el último día, vino a darme las gracias y a decirme que no le había hecho cambiar de idea, pero que nunca había conocido a una chica que fuese tan verdadera delante de las cosas en las que cree. Un día, una chica que habíamos conocido vino a darme las gracias porque le había enseñado una forma de mirar a las otras personas. Lo más bonito es que todo lo que ha sucedido durante este mes no ha terminado, sino que dura todavía. Los amigos turcos me piden todos los días que les escriba porque necesitan esta amistad. Cuando volvimos, el chico siciliano me escribía de vez en cuando y me decía que no sabía cómo hacer, porque en su ciudad no había personas como nosotros que le ayudasen a tomarse en serio todas sus preguntas. Hace algunos días me ha escrito una nota preciosa en la que me dice que se ha hecho cristiano. Una chica que vino a darme las gracias vendrá con nosotros a las vacaciones de verano. Pero todo esto ha sucedido no solo con las personas que he conocido en Dublín, sino también con todas las que había dejado en Rimini. Cuando volví había cambiado también mi forma de estar frente a mis padres, a mi novio y a mis amigos, y esto ha sido nuevamente una confirmación para mí. Cuando estás en otra ciudad te das cuenta de que las personas que tienes delante probablemente solo las verás durante un mes a lo largo de toda tu vida. Y por eso te ves casi obligada a preguntarte qué quieres ser, mientras que a veces, cuando estás en tu ciudad, corres el riesgo de verte aplastada por la costumbre. En realidad, para mí no ha sido así, porque cuando he vuelto tenía dentro de mí una conciencia distinta. Me he dado cuenta de que el encuentro con Cristo me ha aferrado por completo. Puedo incluso no pensar en ello, puedo caer en todos los pecados humanos, quejarme porque las cosas no funcionan como yo quisiera, pero ahora este encuentro lo ha definido todo, a mí misma, mi vida, mi forma de estar delante de las cosas. Este Amigo ahora no me abandona, me corresponde a mí reconocerle. Retomando la pregunta que se nos ha hecho para el Equipe, me he dado cuenta de que he encontrado a este Amigo a lo largo de todo el verano en los amigos que se me han puesto al lado tanto en Dublín como en Rimini, no he sido abandonada ni un solo segundo. Y esto porque en las personas con las que me encontraba veía el reflejo de lo que yo he encontrado.

Entonces, ¿qué has aprendido de esto? ¿Qué te ha hecho pensar en este Amigo? ¿Qué has aprendido de la pregunta que os habéis hecho sobre «un amigo a la altura del deseo»? Todo esto que has encontrado, ¿qué te ha permitido comprender?

Me ha permitido comprender que con mucha frecuencia me monto grandes paranoias.

Perfecto. ¡Paranoias! Toma nota: ¡paranoias! Hacemos de las paranoias una realidad, y después vamos detrás de las paranoias como si fuesen realidad; en cambio, ¡solo son paranoias!

En realidad, a fin de cuentas no tengo que montarme esas paranoias, porque lo que he encontrado es verdaderamente mucho más grande y, como decíamos antes, yo ya he sido aferrada por Él.

Sí, pero tú este verano no has conocido a nadie que entre dentro del concepto de “amigo” que muchas veces tenemos nosotros. Muchos habrían podido pasar todo el mes en Dublín quejándose porque no estaban los amigos de su ciudad. Tú en cambio, ¿qué has descubierto en lo que has contado?

He descubierto en primer lugar que el amigo estaba dentro de mí.

¿Es decir?

Es decir, que lo tenía yo.

¿Que lo tenías tú! ¿Qué quiere decir que lo tenías tú? ¿Es una imaginación tuya?

No.

¿Qué quiere decir que lo tenías tú? ¿Dónde estaba?

En mí misma.

«En mí misma». Tienes que explicármelo bien, porque no sé si lo has entendido.

Surgía de mí en el momento en el que...

«Surgía de mí», ¿te lo inventabas tú, te lo creabas tú, lo generabas tú?

No. Era un hecho.

Explícame bien cómo sucede esto.

Simplemente, en el amigo que te dice: «Tus ojos viven, en esos ojos...

¿En esos ojos?

... hay algo».

Y estos ojos, ¿cómo los has generado?

Por un encuentro con Cristo.

No perdamos el hilo de cómo han sucedido las cosas. ¿Dónde has visto tú a Cristo?

¿Qué ha generado estos ojos que tú tienes ahora?

Un amor que he percibido...

¿Un amor? Si vosotros decís estas cosas en público, la gente cree que estáis como una cabra. Si me lo decís a mí, pase, pero si se lo decís a otro, os respondería: «Esto me confirma que no merece la pena ser cristiano». Por eso, explica bien lo que te ha sucedido sin separarte ni un milímetro de la experiencia que has hecho. Cuéntame cómo has alcanzado esa mirada. Porque es de esto de lo que no os dais cuenta. ¿Qué camino has hecho para encontrarte con que ahora tienes esta mirada? Porque es verdad lo que dices, que en ti existe esta mirada, que está dentro de ti, pero, ¿cómo ha llegado hasta ti? ¿La tenías por naturaleza? ¿Estaba ya en ti por defecto? ¿Y por qué todos los demás no la tienen? Si estuviese presente por naturaleza, los turcos, el siciliano, el profesor, todos

aquellos de los que has hablado, deberían tenerla como tú, pero ellos no pueden imaginársela. Entonces, ¿cómo ha llegado hasta ti? ¿Has tenido alguna visión?

No, no.

¿Alguna aparición?

No.

¿Qué es lo que ha sucedido?

Tengo muy presentes los rostros de amigos y de adultos...

Antes de pensar en ellos, ¿que ha tenido que suceder? Al principio no los tenías en la mente, no sabías ni siquiera que existían. Os saltáis todos los pasos. ¿Tú sabías al principio que existía esta mirada? ¿Lo sabías desde el nacimiento?

No.

Ni siquiera habiendo sido educada en ello –lo has dicho antes–, porque no os dais cuenta de lo que decís. ¿Cuál es la diferencia que ha observado en ti el chico turco? Es algo que él no tiene y que en cambio tú has tenido. Nos lo acabas de decir. ¿Qué palabra has usado? ¡Una palabra!

Un encuentro.

¡Perfecto! ¿Y un encuentro con qué? ¿Con una imaginación? ¿Con un sentimiento? ¿Con el amor que tenía alas? ¿Qué era? ¿Un elenco de leyes? ¿Unas instrucciones de uso? ¿Qué era? Un encuentro con una carne, con rostros, con hombres en los que tú has sorprendido esta mirada. Hasta tal punto que el turco capta mucho mejor que tú el alcance del encuentro, porque él se da cuenta de la cuestión: «¿Cuál es la gran diferencia entre tú y yo? Que yo siempre me he movido dentro de una costumbre», decía él: una imposición, lo que es peor; «en cambio, lo que le falta a mi religión es un encuentro». Primer paso. ¿Y qué ha sucedido después? Te has topado con una mirada distinta; en cuanto te ha sucedido ha entrado dentro de ti y ahora la sorprendes en ti. ¿Y qué ha sucedido después del encuentro?

Que esta mirada ha definido mi forma de estar delante de las cosas.

¿Cómo? ¿De forma mágica?

No, no.

¿Se ha producido un *flash* y luego ya todo estaba todo su sitio?

No, la conciencia...

¡No! Decidme todo, porque lo dais todo por descontado y luego alguien dice: «Un amor». No hago esto para hacerte perder el tiempo, porque ya lo sabes, sino porque cuando te hago una pregunta me hablas del amor en abstracto. ¿Entiendes? En lugar de hablarme del encuentro con rostros concretos, con personas en las cuales has encontrado esta mirada etc. etc. ¿Cómo se ha vuelto tuya esta mirada?

Mi mirada se ha vuelto así.

¿Cómo se ha vuelto tuya? Ya desde el primer día...

Vivo.

Has seguido a esas personas.

Sí.

Y, en un momento dado, te has sorprendido teniendo esta mirada de la que no eras consciente. Han sido los demás, fuera de ti, los que te han hecho comprender la diferencia que hay en ti. Entonces, ¿quiénes han sido los amigos este verano? ¿Los que

habías dejado en Rímini o los que te has encontrado en Dublín y que te han hecho ser consciente de lo que te habían dado aquellos que habías encontrado en tu ciudad?

Los que me han dado esa conciencia.

¿Y dónde estaban los de tu ciudad, si no estaban allí contigo? ¿Por qué han sabido los que has conocido en Dublín que te había sucedido algo? Porque dentro de ti estaba su mirada. Tú decías: «Yo» con un «nosotros» dentro. ¿Por qué? Porque el «nosotros» ya se había vuelto tuyo, se había convertido en una mirada tuya, se había convertido en la diferencia que tú llevas, era ya tu forma distinta de estar, tu sonrisa, tu mirada, tu ser tú misma, según todo lo que has dicho antes. El «nosotros» había llegado a ser la definición de ti misma, de tu yo. No necesitabas que estuviese junto a ti uno de tus amigos, porque estaba dentro de ti, tus amigos estaban dentro de ti, nosotros estábamos dentro de ti, estábamos en Dublín contigo. Y tú te dabas cuenta de esto porque los demás se sorprendían ante ti: «Pero, ¿por qué eres así? ¿Por qué vives así y no te limitas solo a existir?», por usar las mismas palabras que has usado tú. ¿Quién te permite vivir así? ¿Quién te hace vivir así?! Entonces, en todo lo que has dicho, has usado una palabra: ¿para qué ha servido todo este verano en tu camino? ¿Qué palabra has usado? ¿Qué ha significado todo esto que has contado? ¡Lo has dicho con una palabra!

Una confirmación.

«Una confirmación». Una confirmación. Si no hubieses ido a Dublín, si no te hubieses topado con todas aquellas personas, unas personas tan distintas –nadie pensaba como tú–, tú no te habrías dado cuenta de la diferencia que portas, de la novedad que el encuentro que has tenido introduce en la vida, y por tanto, no estarías tan cierta como lo estás ahora. Si alguien se lo hubiese ahorrado, y hubiese pensado: «No, tengo miedo, no voy», no habría tenido esta confirmación. Entonces, cuando el papa Francisco dice que nos conviene salir, no está dando unas instrucciones de uso a los más valientes para que vayan a hacer misión; no, nos invita a salir para poder ver la confirmación en nosotros, en nuestra experiencia, de lo que nos ha sucedido. Porque si uno no sale de su huerto, nunca tendrá la confirmación que tú has tenido. Si tú hubieses dicho: «No es posible, sin mis amigos no puedo ir a ningún sitio», no habrías tenido esta confirmación. ¿Verdad? Entonces, ¿hacer esto es algo positivo o es negativo?

Es algo positivo.

Y esto no quiere decir que tengas que ir siempre sola, porque tú llevas dentro de ti a los amigos. Y te das cuenta de lo que son para ti, de qué quiere decir pertenecer a Cristo en la comunidad cristiana, justamente por esa experiencia que haces: puedes ir hasta el fin del mundo. Es lo mismo que les sucedió a los discípulos: no se quedaron encerrados en el cenáculo; al principio sí, antes de recibir el Espíritu Santo estaban allí asustados, solos, atemorizados por lo que había fuera, pero después fue como una explosión: fueron por todo el mundo, no se quedaron lamiéndose las heridas diciendo: «Somos pobres, Cristo se ha ido, estamos aquí solos». Él ya había entrado dentro de ellos hasta la médula, y por eso se fueron por todo el mundo, pero no solo para contar lo que habían visto, sino para vivir. Tú vas a Dublín para estudiar inglés, y al estudiar inglés, sin preocuparte por ello, haces misión. La misión no es algo añadido a la vida, algo que “tengo” que hacer. Sin hacerte ni siquiera el propósito, haces misión viviendo tu vida. Y la primera beneficiaria de esto eres tú. Imagínate que todas las cosas que vivimos, que

todas los desafíos de la vida que tenemos que afrontar fuesen para alcanzar esta confirmación. Esto es lo bonito de la situación actual, amigos: nos hallamos en un mundo plural, en cuanto salimos de casa nos encontramos en este mundo global en donde cada uno piensa de forma distinta. Menos mal, porque por fin podemos ser “libremente” cristianos, sin que tengan que existir condiciones especiales; no tenemos otra condición que lo que nos ha sucedido. Como les sucedió a los primeros que se encontraron con Él: todo el Imperio romano era distinto, estaba el Panteón con todas las religiones, ¿y acaso esto les asustó? Al contrario: recorrieron el mundo para mostrar, viviendo, la diferencia que les constituía, que llevaban dentro de sí. Y todos, al igual que tú, se daban cuenta de ello. No es porque fuesen grandes, porque fuesen importantes, porque ocupasen un cierto puesto en la administración, no sé qué nivel en la administración romana, porque esa diferencia pasaba a través de los esclavos, de los mercaderes, de los soldados, de la gente normal como tú, que vas estudiar inglés. Y nunca ha sido tan misionera la Iglesia como al principio. El problema es cuando “tenemos” que hacer la misión, porque esto quiere decir que tiene que existir algún “experto” de la misión. No. La misión es de todos aquellos que se han encontrado con Cristo. El día que “tengamos” que hacerla, quiere decir que hemos perdido algo por el camino. Tú no has hecho un curso de misión porque tenías que estudiar inglés, has sido misionera porque esto pertenece a tu ADN de cristiana por el encuentro que has tenido. Y todas las palabras adquieren un significado distinto. Esto es fascinante en primer lugar para nosotros, imagínate para los demás, que no pueden dejar de desear permanecer en contacto con nosotros después de habernos conocido. Imaginaos, después de un verano como el que ha pasado nuestra amiga, lo que sería toda la vida vivida así. ¡Vosotros decidís, amigos! Si tenéis algo más interesante que hacer, ¡marchaos! Cuando os canséis, volved y estaremos todavía aquí –por lo menos ella y yo– viviendo esto. Mantenemos la casa abierta para vosotros. Gracias.

En septiembre del año pasado, por distintas situaciones que viví, me sentía mal. Yo siempre he tenido un gran deseo de ser feliz, pero en ese momento aquel deseo era realmente un fastidio, porque tenía ese gran deseo pero nunca conseguía ser feliz, y en la medida en que no conseguía abrirme a los demás, en que no conseguía decir lo que tenía dentro, me sentía solo. ¿Qué pasó después? Que una profesora mía, antes del Triduo de este año, me convenció para que escribiera una carta a don Pigi para contarle lo que tenía dentro. Pigi me respondió sencillamente que es así, que este infinito que grita dentro de nosotros es la única verdad de nuestra vida. A partir del Triduo todo ha cambiado para mí, porque he comprendido que necesito seguir el deseo de plenitud y de felicidad que tengo desde siempre y que siempre ha encontrado una correspondencia en GS, gracias a los encuentros que he tenido y a los rostros que he conocido durante estos años. Todo, incluso la tristeza y la rabia, sirve para seguir este deseo. Y a partir del Triduo nunca me ha abandonado esta certeza, esta determinación de buscar siempre lo que hace que mi corazón esté inquieto, y lo he encontrado de forma todavía más verdadera que antes dentro de GS, pero también y sobre todo fuera (también por lo que decía la chica que me ha precedido), en la relación con mis amigos, con mis parientes, con las circunstancias de este verano, durante las

vacaciones, donde he conocido más amigos verdaderos que otros años. Esta búsqueda y este deseo han hecho que todo sea nuevo, auténtico, con un gusto distinto de los años anteriores, cuando participaba en los gestos de GS sin estar presente con toda mi persona. No me ha abandonado este deseo que me gustaría describir con una palabra menos abstracta, porque es verdadero y carnal. Justamente por eso no puedo no llamarlo "Dios". No sabría explicarlo de forma distinta. No es un deseo abstracto lo que me anima, es un amigo que no me abandona, porque cada día hace que mi corazón esté inquieto en su busca, y se renueva, se reafirma en mí cada día. No se ha afirmado en el Triduo o en las vacaciones, se afirma hoy al comunicarnos mi experiencia, en el deseo de que toda relación sea plena, como he conseguido hacer desde que tengo esta convicción. Y luego la cosa más importante: no quiero esto solo durante el verano, sino que lo quiero siempre. Y por eso la pregunta que habéis planteado, sobre el amigo que no nos abandona nunca, para mí permanece abierta, como las preguntas más verdaderas. ¿Puede este amigo estar conmigo y hacerme verdadero, pleno y vivo para siempre?

¿Qué dices tú?

¿Qué digo yo? Que tengo que verificarlo.

Perfecto. ¡Perfecto! Tienes que verificarlo. Y debes ponerlo en juego constantemente para verificarlo. Porque esto es lo único que te convencerá cada vez más. Pero al principio decías que este deseo te fastidiaba.

Sí.

Y como a menudo fastidia porque nos inquieta, nos pone en movimiento, nos hace proseguir, a veces tratamos de dejarlo a un lado.

Yo no sabía realmente qué hacer con este deseo.

Esta es la cuestión: muchas veces no sabemos qué hacer con este deseo. Y como no sabemos qué hacer con él, con frecuencia nos resulta molesto, es un sufrimiento, es simplemente algo que uno preferiría no tener, entonces uno piensa que la única forma de liberarse del deseo es distraerse. La alternativa a este fastidio parece la distracción, pero luego basta cualquier cosa para que el deseo vuelva a surgir con toda su potencia; ¡es inútil distraerse! Siempre tenemos ante nosotros al hijo pródigo: también él quería huir; pero, en un momento dado, ni siquiera en medio de los cerdos podía evitar que surgiese de nuevo su deseo. Y esto es estupendo, porque nos permite comprender que cualquier cosa que hagamos, si no es verdadera, si no acepta lo que hay de más verdadero en nosotros, hace que vuelva a surgir una y otra vez este deseo. Entonces, ¿qué te ha hecho aprender esto sobre ti mismo?

Que yo soy más pleno siguiendo este deseo que tengo.

Que el deseo es parte constitutiva de tu persona, es aquello que te constituye. Tú eres este deseo, tú coincides con este deseo. Tú no puedes ser tú mismo sin este deseo, que es mucho más de lo que consigues entender. El Misterio no te da una clase sobre el deseo, sino que pone dentro de ti el deseo, lo introduce en cada fibra de tu ser y te da todo el tiempo de la vida para comprender por qué te lo ha dado. Sin esto todo es monótono. Tú dices: esta búsqueda, este deseo, han hecho que todo sea nuevo y auténtico, porque sin esto, dice Gaber en la famosa canción sobre el deseo («El Desiderio», G. Gaber y A. Luporini), la vida es aburrimiento. El deseo puede ser

incómodo, pero la alternativa a no tenerlo es el aburrimiento. Es lo que les pasa a muchos que renuncian a la naturaleza de este deseo: los veis aburridos ya a vuestra edad. ¡Imaginaos qué vida les espera! Es apasionante pensarlo, ¿o no? Entonces, la primera cuestión es darnos cuenta de esto. Espero que mañana Marta os explique por qué... Pensad que don Giussani empezó GS hablando justamente del deseo en un momento en el que nadie hablaba de él más que para aplastarlo. Parece poca cosa partir de aquí, pero, ¿quién puede hablar del deseo? ¿Quién puede mirar el deseo? Porque, como tú dices, no se sabe para qué sirve, es algo que molesta. Los antiguos paganos no eran capaces de estar delante del deseo, y por eso trataban de reducirlo. El deseo era demasiado peligroso. La *hybris* era demasiado peligrosa. Entonces trataban de bajar el listón hablando de *aurea mediocritas*, el término medio, y así lo mantenían un poco bajo control, pues en caso contrario el deseo se desencadenaba y creaba problemas. Por eso es normal que, al haber vuelto al paganismo, la gente no sea capaz de estar delante del deseo más que para distraerse o para tratar de eliminarlo de muchos modos. Solo ha habido una persona capaz de estar delante del deseo del hombre sin reducirlo, es más, exaltándolo; por eso decía antes que no podemos pasar por encima de las palabras de san Pablo que hemos recitado en Laudes como si no fuesen nada. Cristo no ha venido a distraernos del deseo, sino a tomárselo en serio. Cuando Jesús se encuentra delante de la Samaritana, ella empieza a jugar con la cuestión del agua etc., hasta que Jesús le dice: «¡Ya basta! No es un problema tener cubo o no, el problema es que esta agua no satisface tu sed». Él empieza a desafiar a aquella mujer por la sed de su deseo. Y cuando ella le pregunta: «¿Cómo sacarás el agua si no tienes cubo?», Él le responde: «Yo tengo un agua que puede saciar tu sed», es decir, el deseo de la Samaritana. Entonces ella deja de jugar con las palabras y le dice: «Dame esa agua...» (Jn 4,7-15). Solo una promesa así pone fin a los juegos de aquella mujer. Jesús no se detiene demasiado en los intentos torpes que ha hecho la mujer: cinco maridos. Pero si Jesús no responde a ese deseo que le ha hecho cambiar de marido tantas veces, ella buscará otro, un séptimo, un octavo. A Jesús no le interesa poner su vida en orden, porque sabe que lo único que puede poner en orden la vida de la Samaritana es que encuentre la respuesta a su deseo. Qué certeza debe de tener Jesús de ser Él mismo la respuesta para no huir, como los paganos, delante del deseo; de hecho, no solo no huye, sino que le hace la promesa más grande: «Al que me siga le daré cien veces más»: no solo vivirá, sino que tendrá cien veces más, «es más, soy justamente yo quien despierta todavía más vuestra sed. No vengo a aplastarla, sino que la exalto todavía más. Por eso pongo en vuestros corazones una nostalgia».

Y esto es algo de cada día, entonces.

¡Exacto, exacto! Porque el problema, como dice el canto latinoamericano *Razón de vivir*, es que uno nunca pierda el ángel de la nostalgia. Porque muchas veces, cuando alguien espera encontrar en la persona amada lo que cumple su deseo, en el fondo pierde el ángel de la nostalgia, ya no tiene nostalgia, piensa que el cumplimiento del deseo es reducirlo al otro. Por eso muchas personas dicen: yo no quiero perder la nostalgia, no quiero perder el deseo, ¿por qué tendría que implicarme en una relación, si luego pierdo el ángel de la nostalgia? El problema es si existe algo que, al mismo tiempo, responda al deseo y lo exalte, sin hacerte perder el ángel de la nostalgia, porque

en caso contrario todo será de nuevo monótono. Esta es la respuesta y la exaltación que Alguien ha introducido en la historia. Por eso un gran genio como santo Tomás de Aquino hablaba del *desiderium naturae*, que no es cualquier deseo banal que pueda ser satisfecho con cualquier cosa, sino que es el deseo que nos constituye de raíz. Por eso me gusta mucho la frase de Juan Pablo II que citaba don Giussani: «No habrá fidelidad [...] si no se encontrara en el corazón del hombre una pregunta [o un deseo], para la cual solo Dios tiene respuesta, mejor dicho, para la cual solo Dios es la respuesta» (Juan Pablo II, *Homilía, Viaje a la República Dominicana, México y Bahamas*, 26 de enero de 1979), para la cual solo Cristo es la respuesta. Si cualquiera que pasa por la calle fuese capaz de responder a este deseo que nos constituye, ¿por qué merecería la pena ser cristianos? Merece la pena ser cristianos solo por este motivo: porque solo hay Uno que se toma en serio el deseo y lo exalta. Una pregunta (un deseo) para la cual solo Cristo es la respuesta. Hay Uno que no reduce el deseo al responder a él, sino que lo exalta justamente respondiendo a él continuamente. Porque tú has dicho que tu búsqueda ha hecho que todo sea nuevo y auténtico (no elimina, sino que exalta). Dios ha hecho que tu deseo sea nuevo y apasionante. Si no hubiese habido otra persona que hiciera esto, un tú distinto de ti, todo esto sería una ilusión.

Sí.

Es Dios quien te ha hecho así, es Dios quien ha puesto dentro de ti este deseo. Es Dios, es verdad, es Dios el que lo exalta: un tú distinto de ti, una diferencia, algo fuera de ti que constantemente exalta tu deseo. Por eso necesitamos un encuentro. Por eso se ha hecho carne: para que el hombre pudiese encontrarse con alguien que exaltase su deseo, como la Samaritana delante de Jesús, como los apóstoles delante de Jesús, y como sucede ahora en el lugar en el que Jesús permanece: se llama “Iglesia de Dios”. No se discute sobre la Iglesia. La gente entiende qué es la Iglesia porque permanece, porque los turcos, el siciliano y el profesor se dan cuenta de que tú portas algo en tu vida que los demás, siendo hombres como nosotros, no tienen tan exaltado. Entonces caemos en la cuenta de lo agradecidos que debemos estar a Cristo. Y esto, como has dicho al final, no podemos dejar de desearlo para siempre. Por eso no hay otro modo de vivir que buscarle a Él día y noche, y no porque queramos ser no sé qué cosa, porque queramos ser santos según la imagen de santo que tenemos en la cabeza, sino santos porque uno no quiere perderle –este es el santo– y por eso Le busca siempre, día y noche. Si no es así, os conformaréis con las migajas. Pero, como me decía una chica este verano, una vez que uno ha experimentado esto ya no se lo puede quitar de encima: «Tengo nostalgia de mí misma», decía. Me ha encantado esta frase que ha pronunciado una novicia del Grupo adulto. ¿Qué quería decir? Que Cristo ha llevado la existencia de una persona que se ha encontrado con Él a un nivel tal de plenitud que ya no puede prescindir de él; de hecho, cuando disminuye esta experiencia, tengo nostalgia de este yo mío que ha tocado la cumbre. Uno no puede conformarse ya con algo más pequeño. Por eso decía don Giussani que al final la obediencia es obediencia a un yo que ha sido tocado por Cristo, que está ya dentro de mí, como experiencia, en las entrañas de mi yo. Ha entrado hasta tal punto dentro de mí, ha exaltado tanto mi persona, que yo conozco a Cristo por la experiencia de plenitud humana a la que me lleva. Si alguien quiere conformarse con algo más pequeño, que decida.

Este verano ha sido muy significativo para mí, porque he llegado al campamento de GS deseoso de encontrar relaciones que dejaran una huella en mí, y de encontrar personas que se interesaran verdaderamente por mí.

¿Por qué? ¿Porque habitualmente las relaciones no te dejan huella?

Sí, ahora lo diré.

Es impresionante cómo empezáis a hablar. No es que basten las relaciones; existen muchas relaciones que no dejan una huella en nosotros.

En efecto. Antes del campamento había pasado algunos días marcados por la diversión, por los locales nocturnos con los amigos, por una compañía con la que me encontraba bien. Me divertía, y sin embargo, una vez que volvía a casa, cuando todo había terminado, sentía un gusto amargo en la boca y me daba cuenta de que no era plenamente feliz.

¿Veis cómo funciona en vosotros el detector? Nosotros podemos hacer como que no tenemos el criterio con el que juzgar todo. ¿Qué quiere decir para ti sentir «un gusto amargo en la boca»? ¿Qué quiere decir que tú descubres dentro de ti –sin que tenga que venir Pigi a soltarte el sermón, sin que tenga que venir Albertino o un ángel del cielo– este gusto amargo que te ofrece un indicio para entender que hay algo que no marcha bien? No necesitamos nada de fuera. No me toméis el pelo diciéndome: «No sé, estoy confuso». No, tú no estás confuso en absoluto. El problema es si somos leales con este gusto amargo que tenemos en la boca o no. Punto final. El problema es la seriedad con nosotros mismos. No eches la culpa a los demás, a aquellos con los que vas a la discoteca, a aquellos que no te lo recuerdan, a los amigos que no te ayudarían; tú tienes un gusto amargo en la boca y debes decidir si seguir este gusto amargo o seguir lo que te aporta algo distinto del gusto amargo. Y esto, ¿quién lo decide, amigos? Cada uno de nosotros, pero no para ir al cielo el día de mañana, no porque si no el día de mañana iremos al infierno, porque el infierno empieza aquí y el cielo empieza aquí.

Lo que más me fastidiaba de este gusto amargo que sentía era mi incapacidad para hablar de ello con estos amigos. Yo sentía esa inquietud, pero no conseguía hablar de ella con ellos, ya sea porque no me sentía comprendido o porque a ellos no les importaba de verdad lo que era yo, solo les interesaba la noche.

Pero, ¿tú crees que puedes arreglártelas con tus amigos hablando sobre una cosa abstracta? Tendrás que mostrarles que has encontrado algo que les ayuda a comprender. ¿Has empezado a sentir algo que no es amargo porque alguien te lo haya explicado?

No, porque he percibido un interés.

De hecho, el método que usa Jesús es completamente distinto. Pero como no nos damos cuenta de esto, les soltamos el sermón a los demás. Pero, ¿a ti te soltaron el sermón cuando encontraste GS? Jesús –¡meteos esto en la cabeza!– no perdió ni siquiera un minuto en hacer propaganda cuando conoció a Juan y Andrés, ¡ni siquiera un minuto! «Venid y veréis», les dijo. Pero muchas veces, como no somos conscientes de lo que ha sucedido en nosotros, cambiamos el método, y entonces pensamos que para encontrarnos con las personas tenemos que darles una clase. Dios, amigos, ha inventado otro método. ¿Quiere hacerte entender qué es el amor? En vez de darte una clase sobre el amor, hace que te enamores, una experiencia a través de la cual entiendes mucho

mejor qué quiere decir amar a una persona y ser amado. No te suelta un sermón, sino que lo hace suceder, hace que te suceda para que tú no lo puedas reducir a un discurso abstracto. Te hace nacer en una familia en la que eres querido, te da amigos a través de los cuales tú comprendes que hay relaciones distintas, como decías antes: relaciones que dejan en ti una huella. No da todo igual, no da igual cualquier modo de estar con los demás, ni da igual una familia u otra, ni los amigos son todos iguales. No da todo igual. Y Dios hace suceder el amor para que podamos comprenderlo. El amor no es una palabra abstracta. ¿Sabéis por qué sucede el amor? Porque cuando haces experiencia de amar y de ser amado tú lo percibes, y cuando no sucede tienes un gusto amargo en la boca. Es fácil. Dios hace fáciles estas cosas. La cuestión es que nosotros, para comunicárselo a los demás, debemos comportarnos como Dios, no podemos hacer otra cosa. Lo acabamos de ver: nuestra amiga puede encontrarse en Dublín delante de un joven turco que no sabe de qué está hablando, ¿y cómo se lo hace entender? Viviendo. ¡Viviendo! Si tú no te das cuenta de esto, dices: «Soy incapaz de comunicarlo, y mis amigos no lo entienden». Y empezarás a echarles la culpa porque no entienden; pero no pueden entender a través de una «explicación» tuya. El problema es que no te das cuenta de que el que no entiende eres tú, porque usas un método para hacerte entender con el que es imposible que lo entiendan. Esto me interesa especialmente, porque si hacéis esto os metéis en un callejón sin salida, y en lugar de estar apasionados porque ellos vean una diferencia en vosotros, les echáis la culpa porque no entienden. ¿Y entonces? ¿Qué hacemos? ¿Tenemos tal vez que darles un curso para prepararles para entender? ¿Una especie de pre-evangelización? Juan y Andrés, ¿hicieron un curso de pre-evangelización, de pre-encuentro? ¡No! Juan y Andrés ya estaban preparados para el encuentro. Tú ya estabas preparado para el encuentro. El otro ya está preparado para el encuentro. Porque es necesario que suceda el encuentro; no que tú le expliques al otro el encuentro, sino que le suceda. ¿Tú estás preparado para estar enamorado?

Sí.

En efecto, basta con que suceda. Pero ciertamente no es obvio que vaya a suceder solo por el hecho de que tú lo desees. Pero tú ya estás preparado, para que este evento se produzca no necesitas ninguna condición especial más que tu humanidad. Estás preparado completamente. El Misterio te ha creado preparado para el encuentro, para cada encuentro de la vida que es solo un pequeño reflejo de ese encuentro verdadero y apasionante que es el encuentro cristiano.

Con este deseo llegue al campamento de GS, donde conocí a uno que estaba en mi misma situación, es decir, insatisfecho de lo que vivía con sus amigos de discoteca y deseoso de alguien que respondiese a su necesidad de algo que dure para siempre, o por lo menos de algo más que de una noche la discoteca. A contrario que yo, él había conseguido entender que todo lo que tenía no le correspondía, y se había alejado de esa vida y de sus amigos que no tenían sabor alguno ni le hacían feliz. Con esta persona ha nacido una relación increíble en la cual efectivamente...

¿Lo ves? ¿Cómo ha respondido Misterio a tu problema?

He conocido una persona.

¡Perfecto! Esto es lo que quería decir antes. El Misterio se ha hecho carne, la explicación se ha hecho carne. El discurso se ha hecho carne y sangre en uno. Así es

como responde Dios. Antes que cualquier otra cosa, te hace conocer a alguien en quien ya ha sucedido esto.

Ha nacido una relación en la cual percibo mi deseo correspondido. Él no solo me fascina porque representa un testimonio con respecto a lo que era mi situación, sino porque veo que él conseguía y consigue todavía despertar en mí el deseo, mantener despiertas en mí las ganas de ser feliz, y sobre todo de poder ser yo mismo frente a las dificultades más urgentes para mí. Con esta persona experimento lo que estaba buscando y deseando desesperadamente: una relación en la que ser libre y en la que sentir un interés real por mi persona, siempre y en cada instante, no relegado a un momento del día, como podía ser la noche en la discoteca. Sin embargo, al terminar el campamento de GS, algunas semanas más tarde, volví a caer en el error del principio del verano, es decir, confundir de nuevo aquello de lo que tenían necesidad, y por eso pasaba los días en una tumbona en la playa, y de nuevo pasaba las noches en restaurantes de lujo y locales de moda con los mismos amigos de antes.

¿Y entonces? Ahora elige.

En ese momento se hizo evidente la desproporción entre la grandeza de lo que había encontrado y lo que en cambio estaba viviendo en ese momento. Me sentía completamente solo, abandonado por esos amigos que no me correspondían; era un momento de tristeza infinita, incluso en la relación con mi novia. En ese momento de tristeza y de desesperación solo conseguí dirigirme a una persona, es decir, a ese amigo que había conocido en las vacaciones. Y de nuevo con él me sentí renacer, de nuevo me había despertado ante las exigencias de la vida, y no porque hubiese resuelto todos mis problemas, sino simplemente porque me indicaba y me testimoniaba una forma de estar delante de aquellas dificultades con mi deseo de felicidad.

Te agradezco mucho que hayas descrito la dinámica que has vivido, porque esto nos ayuda a comprender que el encuentro cristiano no es algo mágico que sucede una vez para siempre y luego todo va fenomenal. Uno puede, después de haber visto, volver al punto anterior. «¿Ves como no le ha servido de nada el campamento?», nos decimos muchas veces desanimándonos, porque nos medimos solo por la capacidad de éxito después. ¿Pero es verdad que no te había quedado nada del campamento?

No, porque en caso contrario me habría quedado con esos amigos.

Tú ya estás marcado, y no puedes dejar de tener nostalgia de ti, como decía antes. No puedes evitar lo que te ha sucedido, y empiezas a sentir su ausencia. Es impresionante, porque no es que tú no estuvieses con los amigos de antes, con los que ibas a la discoteca, y sin embargo dices: «Estaba solo». ¿Por qué dices: «Estaba solo», si estabas rodeado de todos ellos? ¿Qué has aprendido sobre la naturaleza de la soledad?

Me sentía solo porque, mientras había experimentado un tipo de relación en el cual yo era continuamente empujado...

Pero también esos amigos te empujaban constantemente... ¡a ir a la discoteca!

Con ese amigo que conocí en el campamento conseguía ser yo mismo.

¡Ah! ¿Qué es lo que nos hace ser nosotros mismos y por tanto vence la soledad? ¿Qué es la soledad? No es no tener a alguien cerca, a tu lado; tú tenías un montón de gente, y sin embargo te sentía solo. La soledad de la que estamos hablando, la verdadera soledad, dice don Giussani, es la falta de significado, es la impotencia que siento ante

mi insatisfacción. Por eso puedo estar rodeado de personas y estar solo, porque ellos no son capaces de responder a mi impotencia, a mi incapacidad para estar contento. No porque seamos más, más y más, estaremos más llenos y menos solos. Atención, porque puede suceder también dentro de este ámbito: si vivimos GS de este modo, podemos estar más solos incluso estando rodeados de amigos. Porque la cuestión no es estar rodeados de gente, sino si estos amigos llevan en sí «la respuesta a mi impotencia, si me dan algo que deje una huella en mí», como decías antes, si «me dan algo que responda a mi necesidad; si no es así, aunque esté rodeado de personas, estoy solo». Me llena de asombro que captéis todas estas cuestiones, por ejemplo, que tú te des cuenta de que estás rodeado de personas y, al mismo tiempo, estás solo. Esto es una genialidad. Vosotros lo descubriste en vuestra experiencia, no tengo que decíroslo yo. Porque si yo te lo explicase sin que tú hubieses hecho experiencia de ello, no entenderías lo que te estoy diciendo; en cambio tú lo entiendes, y no porque alguien te lo haya explicado. De no ser así, no solo pierdes a los amigos, sino que no entiendes ni siquiera la relación con tu novia, las relaciones más verdaderas y más estrechas que tienes, aquellas que te importan más. Todo se deshace entre nuestras manos. Esto es decisivo. Y no es un problema de moralismo o de la vida eterna, porque tiene que ver con la vida ahora. De hecho, Cristo ha venido para multiplicar todo por cien. En caso contrario, si uno no se encuentra con algo que le impida perderlo todo –podrás confesártelo a ti mismo o no–, es decir, si te sientes solo aun estando con tus amigos, ¿qué son estos amigos? Nada. ¿Cómo pues tenerles afecto? Sencillamente les tienes un afecto tangencial, porque vas con ellos a la discoteca, y no porque te lleven a responder a tu deseo de felicidad. ¿Quién es el único amigo? El amigo es aquel que es capaz de ayudarme a responder a lo único que deseo en la vida: ser feliz. Si no responde a esto, me está tomando el pelo. No es amigo, aunque yo le llame “amigo”, porque nosotros llamamos “amigo” al primero que pasa por la calle porque vamos juntos a tomar una cerveza, pero luego no deja huella alguna en nosotros. Entonces empezamos a entender qué significa ser amigos, qué es tener un amigo, qué es vencer la soledad, qué es tener una relación verdadera con la novia. Y cuando uno ve que todo se deshace, uno no puede dejar de volver, no puede dejar de tener nostalgia del amigo gracias al cual uno renace. ¿Entendéis por qué somos cristianos? No porque seamos mejores –de hecho, podemos hacer las mismas estupideces que todos–, sino porque nos ha sucedido algo que ya no podemos quitarnos de encima; cojeando, avanzando y retrocediendo, decayendo, desanimándonos, pero sin cambiar nunca de camino. ¿Por qué? Porque es ahí donde el yo renace incluso de las propias cenizas, como puedes ver. No os asustéis si os desanimáis. Lo importante es que cuando el Señor os haga ser conscientes de esto nuevamente, os acordéis de ese amigo; y entonces podrás ceder de nuevo y seguirle, no fustigarte porque decaes. ¿Qué misterio es que la debilidad sea débil, y que tú te pierdas un instante después? Como dice Giussani, no es que Zaqueo dejara de discutir con su mujer ese mismo día. Nosotros tenemos una imagen de la santidad que es como un ser absolutamente sin mancha; este es el drama de la vida. El único problema no es que no nos equivoquemos. El Evangelio nos ha dicho todo lo que ha hecho Pedro, no nos ha ocultado nada, y de igual modo nosotros no debemos eliminar nada de lo que nos sucede, porque esto es lo que nos hace conscientes de que podemos equivocarnos muchas veces, pero también de que no

podemos dejar de acordarnos del amigo que nos hace renacer. ¡Decidid vosotros! Todo el drama está aquí, en el momento en que me doy cuenta de nuevo y se reabre la partida, se reanuda el drama. Y todos los errores que he podido cometer no me impiden volver. Por eso, si no vuelvo no es porque haya hecho de todo, sino porque no quiero volver. Nadie te ha impedido volver. Toda la vida se juega en este instante, y Dios ha hecho todo lo que ha hecho para suscitar una persona que le diga que sí, incluso después de haberle negado. De hecho, Jesús no se detiene en lo que ha hecho Pedro, sino que le pregunta: «¿Me amas?». Y yo te pregunto a ti: «¿Quieres la vida que has encontrado? ¿Quieres renacer?». ¡Entonces búscalo! Nadie te lo ha impedido, nadie te lo puede impedir, pero nadie te lo puede ahorrar. Esta es tu libertad, el drama de tu libertad. Porque, como decía Péguy, al que cité en los Ejercicios de la Fraternidad (¡es estupenda esta cita de Péguy!): «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente» (en Ch. Péguy, *Los tres misterios. El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 2008, p. 420). Dios no quiere siervos, no quiere esclavos, quiere amigos que le amen como hombres libres, libremente. ¿Tú prefieres que te amen libremente o no? ¿Y por qué habría de tener Dios un gusto distinto del tuyo?

Gracias por la pregunta que Albertino, don Pigi y tú nos habéis propuesto. Para mí ha sido una provocación y una ocasión de petición. Cuando nos preguntaste en el Triduo si habíamos hecho alguna vez experiencia de un amigo que no nos hubiese abandonado, yo, como soy incapaz de engañarme a mí misma, me dije: «No, yo nunca he encontrado un amigo que no me haya abandonado»; todos, antes o después, se han olvidado de mí y me han herido incluso sin quererlo. Todos no son suficiente.

«Todos no son suficiente». ¡Bien, amiga! Todos no son suficiente. Pero nosotros podemos pasar sobre estas afirmaciones que hacemos o que escuchamos sin vibrar, sin vernos exaltados. Todos son demasiado poco. ¿Por qué sientes que son demasiado poco? Tenéis que metéroslo en la cabeza: todos son demasiado poco. ¿Por qué? ¿Por qué son demasiado poco?

Porque me doy cuenta de que estar con mis amigos, aunque el modo de estar juntos es verdadero y bonito, en el fondo no llena hasta el final...

No llena. ¡Estupendo! No llena. Entonces, ¿qué deseas tú que todos tus amigos no son capaces de colmar? ¿Y qué te dice esto de ti misma? Esta es la cuestión decisiva con la que tienes que hacer cuentas. ¿Qué te ayuda a entender de ti misma? Si lo entiendes, ya no podrás reprochar a los demás que no estén junto a ti, porque, aunque estuviesen todos, no colmarían tu necesidad. Y entonces dejamos nuestro deporte favorito, que es el de reprochar a los demás que no están. Este es nuestro deporte favorito: siempre hay alguno que falta, entonces nos pasamos la vida echando en cara a los demás que no están a la altura de lo que nosotros esperamos de ellos. Pero aunque estuviesen todos, sería demasiado poco, demasiado poco para nosotros. Entonces, ¡dejémoslo ya! Ese deporte es inútil. Aunque estuviesen todos, todos no son suficiente. Decir esto significa que nosotros empezamos a darnos cuenta de lo que somos nosotros, no los demás, sino nosotros; y, como consecuencia, de qué son los demás. ¿Y qué te dice esto acerca de ti? *Que no es la relación con el amigo o el amigo mismo lo que me hace estar contenta.*

¿Por qué no? ¿Qué te dice de ti misma?

Que estoy hecha de algo más que de la relación con el amigo, que no es el amigo lo que cumple mi vida.

Exacto. ¿Y por qué? ¿Qué dice esto de lo que tú deseas? ¿Qué te dice de lo que eres? ¡Esto es apasionante, amigos! ¿Quiénes somos nosotros que todos no son suficiente? ¿Quiénes somos nosotros que todos no son suficiente? Me asombra ver cómo tenía don Giussani esta conciencia hasta la médula. Cuando alguien dice: «Ahora vengo yo a poner todo en su sitio» –que sería como decir: «Ahora llegamos todos nosotros y resolvemos tu problema», pero no lo podemos resolver. ¿Por qué? ¿Qué dice esto acerca de la naturaleza de tu deseo? Porque esto es liberador para todos–, don Giussani responde: «¡Qué melancolía!» («La larga marcha de la madurez», *Huellas*, n. 3/2008, p. 35). Cuando pensamos que los demás pueden bastar o que nosotros mismos podemos ser bastante para los demás, él dice: «¡Qué melancolía solo pensarlo!». Qué conciencia tenía don Giussani de la grandeza del yo que somos cada uno, del «Misterio eterno / de nuestro ser» (G. Leopardi, *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 227), como decía Leopardi. Es inútil explicar todo esto si tú no lo percibes dentro de ti, si tú no experimentas alguna vez que todos no son suficiente. De este modo, el Misterio nos hace comprender lo que somos, no a través de una explicación, sino haciéndolo vibrar dentro de cada fibra de tu ser. Todos no son suficiente. ¿Y entonces?

Al empezar el Triduo, antes de decir: «Sí, Jesús existe y me ama», surgió mi objeción humana.

Exacto. Antes, porque si no es así, ponemos un parche.

Surgió mi objeción humana y lloré, porque en el fondo aquella pregunta desveló el deseo de mi corazón...

«Desveló el deseo de mi corazón». ¡Estupendo!

... que es encontrar a alguien que me ame verdaderamente y que nunca me abandone, alguien que me cumpla. Es la búsqueda de un tú, y es la búsqueda que me ha atenazado en estos meses y que me agita continuamente. ¿Quién eres tú, tú que me faltas, tú que generas en mí este vacío, esta nostalgia punzante? Ante esta pregunta, solo estoy segura de dos cosas: el único lugar en el que he vislumbrado una respuesta a esta exigencia mía de significado ha sido la compañía cristiana, y también que yo soy innegablemente una persona incompleta, que tengo que mendigar, como dice don Giussani. Este verano ha estado lleno de encuentros, de experiencias verdaderamente excepcionales, como quiere don Giussani, correspondientes a la espera de mi corazón, frente a las cuales no puedo dejar de reconocer y de afirmar que me han sido dadas. Cada noche, sin embargo, con más o menos conciencia, me he visto todavía llena de deseo porque incompleta, todavía incompleta, incluso después de haber pasado una semana en el sitio que más me gusta del mundo, el campamento scout, donde he redescubierto amigos y he conocido amigos nuevos y sinceros, verdaderos compañeros de camino, incluso después del día en el que hemos ido a ver el amanecer en el Cervino, lo más hermoso que he visto nunca. Pues bien, no entiendo del todo por qué y no entiendo hasta el fondo cómo, pero tengo esta nostalgia constante, esta exigencia de algo más, siempre. Me he preguntado mucho en estos días (tenía deberes de griego y tenía que estudiar mucho) qué quiere decir un amigo que no abandona, y he pedido en

la oración poder encontrar un amigo así, un amigo, también en el estudio, sobre todo en el estudio. No puedo decir que he encontrado a Cristo al estudiar la historiografía y los autores griegos, porque sería un poco mentirosa; sin embargo, puedo decir que no ha habido un segundo en el que haya estado sola: una llamada inesperada de un amigo de Londres, los amigos que están preparando su examen de admisión que me invitan a estudiar juntos, mi madre, que es una tipa muy dura, muy severa, que me abraza tiernamente y me hace la cama todas las mañanas antes del examen para ayudarme como puede. En estos días tengo la percepción clara de que a través de los rostros que tengo junto a mí pasa el mismo afecto, la misma amistad atenta y auténtica que yo busco y deseo. Aunque los rostros de mis amigos son imperfectos, es innegable que llevan consigo un signo, algo especial que me fascina, que me corresponde. Ellos portan algo más, aunque sean imperfectos, maravillosamente imperfectos. Me estoy dando cuenta de que la amistad dentro de la compañía no abandona: un mensaje, un sitio que te han guardado durante la asamblea, la sonrisa de un amigo que pasa con el coche, un reclamo; todo me lleva a pedir, a estar atenta, a reconocer. Todavía no se dar un nombre a este plus que intuyo en la amistad en GS, pero lo necesito. Estoy hecha para este plus, para el infinito, por tanto sigo a la compañía que me acompaña, que me abraza con todos mis defectos, que ha salido a mi encuentro y que nunca me abandona. «¿Quién eres Tú, que me faltas?». Pero antes de esto, tú te has dado cuenta de que todos no son suficiente: esto es lo que desvela mi deseo, lo que me permite comprender la naturaleza de mi deseo. Entonces, si no son los amigos lo que yo busco, ¿qué es lo que busco? ¿Quién es el que me falta, si todos no son suficiente? ¿Quién es el que me falta? «¿Quién me falta?», se pregunta. Porque, si no son ellos, ¿quién falta entonces? ¿Quién siento que me falta? «¿De qué es ausencia esta ausencia, / corazón», decía Mario Luzi («Di che è mancanza...»), en *Sotto specie umana*, Garzanti, Milán 1999, p. 190). ¿Lo ves? Nosotros podemos entender el alcance de los poetas, de lo que dicen los poetas justamente porque lo sentimos vibrar en nosotros. No intentamos decirlo así, y no somos capaces de decirlo tan bien como Luzi, pero cuando lo leemos, lo reconocemos: «¡Es esto!». ¿De qué es ausencia esta ausencia? Tú lo has dicho de otro modo. ¿Y qué sucede? Como dices tú: «Me he visto llena de deseo porque incompleta, y cada noche me encuentro todavía incompleta». Esto es la vida. Puedo ver el Cervino o puedo estar en el campamento y encontrarme incompleta. Entonces tengo nostalgia de algo más, siempre. ¿Y entonces qué has hecho? Si todos no son suficiente, si son demasiado poco, si el Cervino es demasiado poco, si las vacaciones son demasiado poco, ¿qué es lo que has hecho?

Pedir.

Pedir. ¡Estupendo! La petición nace de aquí. No es que no tengamos otra cosa que hacer; el problema es que, al no ser nunca suficiente para llenar mi deseo todo lo que encuentro, pido. La petición nace de las entrañas de un yo necesitado; no de quien no tiene nada que hacer, sino de aquel que ha vivido, que vive, que va al Cervino, que va al campamento, que tiene amigos, pero que se da cuenta de que todo esto es demasiado poco. Todo es poco, «pequeño», dice Leopardi. Esta es la compañía que nos hacen los genios: «Y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo» (G. Leopardi, *Poesía y prosa*, op. cit., p. 466). Si todo lo que tenemos es demasiado

poco, ¿qué podemos hacer? Solo podemos pedir. Pedir. La petición nace de las entrañas, no nace de una actitud “devota”, pietista. Del pietismo nace solo una petición formal. La verdadera petición apremia desde las entrañas del yo, nace de la necesidad del corazón. Entonces pido y me asomo a la modalidad con la que otro me responde. ¿Y cómo me responde? Tú has testimoniado cómo responde Él a esta petición. Cada uno de nosotros se hace una imagen, en su propia fantasía, de cómo tendría que respondernos el Misterio –¡en el caso de que fuese tan inteligente como nosotros!–. ¡Pero qué agudeza cuando, en lugar de imaginárnoslo, miramos cómo responde! El método que don Giussani nos ha indicado desde el primer capítulo de *El sentido religioso* es distinto: «Poca observación y mucho razonamiento llevan al error. Mucha observación y poco razonamiento llevan a la verdad» (cf. A. Carrel en L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1987, p. 17). ¿Qué has hecho tú? Mucha observación. Te has encontrado delante de hechos que te despertaban a través de rostros, de ciertos rostros, y has añadido una palabra estupenda. ¿Qué palabra? ¿Lo ves? ¡Ni siquiera tú la recuerdas! «Imperfectos». Y sin embargo, hay quien dice: «No, si las personas son imperfectas, no pueden llevar en sí la respuesta». Ya decía esto Lutero: «Si son imperfectas, las personas no pueden llevar en sí a Cristo. Son demasiado imperfectas para llevarlo. No puede ser». La tentación es siempre esta: las personas son demasiado imperfectas para traerme a Cristo; y en cambio son justamente ellas, a pesar de su imperfección, las que lo llevan al mundo cada vez más. ¡Es tremendo! El Misterio llega nosotros a través de estas personas «imperfectas»; como somos imperfectos, el Misterio no podría llegar nosotros de otro modo; si hubiese actuado de otro modo, se habría equivocado de método. Por ello, empezó eligiendo a alguien como Abrahán, que era imperfecto como lo eran todos aquellos a los que ha llamado después de él. También nosotros ahora somos imperfectos, estamos llenos de imperfecciones, pero esto no impide a Dios –como creemos muchas veces– hacerse presente, no es un obstáculo para su manifestación. Porque lo que alcanza a las personas no es ante todo la imperfección, sino ese plus que las personas llevan a través de su propia imperfección, y que no puede ser llevado más que a través la propia imperfección. Por tanto un plus. Cuando nuestra amiga contaba la sorpresa de los turcos, no es que ella se crea perfecta, sino que reconoce que toda su imperfección no impide a aquellos chicos musulmanes reconocer en ella una diferencia, al igual que la imperfección no te impide reconocerla tu madre, aunque a veces pueda tener un rostro duro. Nada te lo impide. Y esto elimina de raíz muchas objeciones que nosotros tenemos con respecto a una compañía que a la fuerza es imperfecta. ¡Dejad de quejaros por esto! Estas objeciones las ponen quienes no parten de la experiencia. Porque cuando uno parte de la experiencia, se da cuenta de que renace, de que se activa de nuevo a través del encuentro con personas imperfectas, como decía antes nuestro amigo. Dios usa personas llenas de límites para hacerme renacer. Entonces el problema no es que tengamos límites, sino si yo acepto renacer cuando alguien me muestra ese plus, aun en medio de todos sus límites. Dios no se comporta así porque sea un ingenuo, sino porque quiere que tú no te equivoques a la hora de juzgar. Cuando san Pablo afirma que «llevamos este tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4,7), ¿por qué motivo lo dice? ¿Acaso podía Dios servirse de otras vasijas que no fuesen de barro para traernos el tesoro que es Jesús? Sí. ¿Podía generar personas totalmente perfectas? Como era Dios,

habría podido hacerlo. ¿Pero cuál habría sido el riesgo? Si Pigi fuera perfecto, el riesgo sería el de confundirle con Cristo. ¡Y sin embargo no! Pigi, con todo su límite, es una vasija de barro que porta Algo distinto. ¿Sabéis cómo hace el Misterio para que comprendamos esto? Elige a alguien en el que se ve con claridad que no es esa persona el origen de lo que porta. En la historia de Israel elige a mujeres estériles, como si dijera: «Quiero que todos comprendan que a Juan Bautista lo he generado yo, y por eso elijo a Isabel y hago que dé a luz cuando es imposible para esa mujer dar a luz; así resulta evidente para todos que soy Yo el que actúa». Y esto es una ayuda para nosotros. De hecho, ¿cómo se hace presente Dios en la historia? Por medio de hechos, de signos a través de los cuales resulta absolutamente claro que el origen es suyo. ¿Cómo nos lo hace comprender a nosotros, que somos un poco limitados a la hora de entender? Elige modos a través de los cuales nosotros, tan limitados, podamos entender: hace tener un hijo a una mujer anciana. Dios actúa así desde el principio con Sara, la mujer de Abrahán. Pero ella, cuando escucha decir que tendrá un hijo, se ríe, ¡se ríe! «Cuando yo vuelva a verte, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo» (Gn 18,10). Y cuando, después de un año, Sara tiene un hijo, ¿qué significa para Abrahán? ¿Que él ha sido tan capaz que gracias a él ha tenido un niño cuando no podía? No. Abrahán se da cuenta de que ese parto es obra de Dios. ¿Y cómo actúa Dios? No lo hace contándonos historias, contándonos sueños, sino dándonos hechos –¡hechos!– que podamos tocar y ver, y que nos hacen decir: «¿Cómo es posible que una estéril dé a luz?». «Soy yo», dice Dios, «¿veis quién soy? ¿Véis quién está en el origen de este hecho?». En el antiguo pueblo de Israel la esterilidad era la máxima imperfección. ¿Una estéril que da a luz? ¡Imposible! Por eso dice Dios: «Sin embargo, os demostraré que es posible porque Yo soy el que actúa, y para que no os confundáis ni penséis que sucede porque Abrahán o cualquier otro elegido es perfecto y capaz». Vosotros os preguntáis: «Pero, ¿es esto Cristo?». «¿Es Cristo el que hace que esta compañía sea así?», nos preguntamos a veces. ¿Y cómo nos responde Cristo? Haciéndonos ver que lo que encontramos en esta compañía no resulta posible por nuestra perfección, sino porque lo hace Él, como ha hecho con Abrahán y Sara. Desde el primer instante. «Yo soy el protagonista de la historia, y no os doy signos poco claros de ello, sino que elijo a las estériles para que resulte evidente ante todos, y luego elijo este signo, y este otro, y otro más, hasta llegar a Jesús, que nace de una virgen». Este es el método de Dios. Más claro que esto es imposible. Y también ahora Dios sigue haciéndose presente a través de la imperfección. Pero nosotros insistimos: «¿Pero cómo? ¿A través de la imperfección de estas personas Dios puede regalarme este plus?». ¿Y entonces? O es imperfección, y entonces no te trae este plus, o este plus es tan evidente que no lo puede negar ni siquiera la imperfección. Hay alguien que es más que esa imperfección que lo porta (más que mi imperfección y que la tuya). ¿Se entiende?

Quería contar un hecho que ha sucedido en la caritativa, en la que ayudamos a estudiar a niños de la parroquia. La hemos empezado este año, y por tanto no conocíamos el lugar y todo lo demás. La parroquia es frecuentada por chavales de todas las edades, desde los 20 años hasta los cinco, con los que estudiamos nosotros. Una vez estaba bajando al parque a recoger a los niños para estudiar juntos, y estaban

allí también unos chavales un poco mayores. Me pararon en las escaleras porque son un poco broncas y querían pelea, pero yo no. Les dije: «Estoy aquí porque quiero únicamente ayudar a los niños. No estoy aquí para pelear». Ha sido extraño, porque siempre me ha sido más fácil responder así: a uno que te trata con violencia tú respondes con violencia. Es más fácil, por lo menos a mí siempre me ha resultado un poquito más fácil. En cambio, en aquel momento me quedé quieto delante de aquellos que querían...

¿Y eso? Quizá porque habías perdido la energía, habías perdido “los atributos”, o por cualquier otro motivo.

No, no.

¿Por qué te quedaste quieto?

Me acordaba de Violaine. No reaccioné por los niños, quería estar ahí por ellos, y no para pelear. También porque el motivo era insignificante: decían que les había mirado mal. En cualquier caso, era algo inútil. E incluso después, cuando insistieron, cuando se volvieron violentos, yo permanecí quieto hasta que llegaron dos chicas...

¿De dónde nace esa firmeza? No quiero que pierdas el significado de lo que estás diciendo. Es lo mismo que la esterilidad de antes. ¿De dónde nace? Porque sorprendes en ti algo distinto. Habitualmente, ¿eres así?

No.

¿Habitualmente reaccionas o te quedas quieto?

Normalmente reacciono.

¡Reaccionas a lo grande! ¡No es que te falten los “atributos”! Pero entonces, ¿por qué te quedaste quieto?

Es una pregunta que todavía está abierta. Después de que pasara esto, llegaron dos chicas que intervinieron y nos separaron. Luego me marché junto a la responsable de nuestra caritativa, me monté en su coche y me llevó a casa. Estaba bastante fastidiado, porque la rabia, responder a las provocaciones, ha sido siempre un aspecto difícil de mi carácter que he tratado muchas veces de eliminar. Todos, incluida mi familia, me han dicho siempre que es un aspecto que no va bien en mí. Y me han hecho siempre mirarlo como un punto negativo que hay que eliminar, que uno debe quitar porque da asco, y yo también lo miraba así. Y aunque me había quedado quieto, la rabia no se me iba.

Esto es precisamente lo que quiero ayudarte a comprender.

Al llegar a casa, estaban Antonella y mi hermano. En el pasado siempre he percibido que cuando estaba enfadado, tanto mi hermano como mis padres, que son los que mejor me conocen, nunca estaban conmigo, hacían como si nada, o se marchaban y yo me quedaba allí así, me “gestionaba” yo la rabia. En cambio, aquel día llegué y Antonella me miró, me abrazó, y luego me pidió que le contara lo que había sucedido. Se lo conté todo y luego me dijo: «El viernes que viene vuelves allí a hacer caritativa». Yo no quería, porque pensaba: «Ha salido a la luz ese aspecto de mi persona que me da asco, y no quiero que vuelva a suceder, que salga de nuevo». En cambio, ella me miró y me dijo: «Vas a volver allí». Al principio me molestaba un poco, porque yo no quería, pero luego me dije: «Mira cómo está arriesgando», porque no me estaba diciendo lo que me habría gustado que me dijera, es decir: «Sí, tranquilo, ha sucedido esto, ya lo

resolveremos, vuelve a la caritativa que hacías antes». Veía que estaba mirándolo todo, que estaba arriesgando al decirme: «Vuelve allí», porque podía volver allí o bien podía decir: «Me dices lo que no quiero hacer y no pienso ir». En cambio, en aquel momento me sentí mirado no solo por lo que yo quería que ella mirase, sino por todo, incluso por aquello que yo no quiero mirar, mi rabia, que me molesta, que no me gusta. Después de algunas semanas volví a la caritativa, y era bastante dificultoso, porque siempre que iba tenía un poco el temor de que volviese a suceder lo mismo. Pero en cuanto llegué, me estaban esperando los niños, y esto me impresionó, porque al final no es que vayas a trabajar muy gustosamente: los niños no quieren estudiar, y por tanto les resultas un poco antipático, no van allí muy a gusto. En cambio, llegué y los niños me esperaban, y entonces el miedo, la fatiga, el hecho de que pudiese volver a suceder aquella rabia pasaron casi a un segundo plano; quería volver a estar con ellos todos los viernes que me esperaban. Incluso cuando después me encontraba con aquellos chicos – porque se pasaban por allí de vez en cuando, no es que haya dejado de verles– era una ocasión para hacer memoria del día de la caritativa en el que sucedió lo que sucedió hace un año, pero que yo recuerdo todos los días.

¿Y qué ha quedado en tu memoria de aquel día?

El hecho de que Antonella o mi hermano, con el que siempre he tenido una relación un poco regular, estuvieran allí, me miraran y miraran el único punto que ni siquiera yo quería mirar.

Y en tu opinión, ¿qué les permite a ellos mirar lo que tú no quieres mirar? ¿Ellos son estúpidos, no entienden bien lo que tú miras y por eso no sienten el asco que tú experimentas frente a tu rabia? ¿Por qué pueden ellos mirar lo que tú no consigues mirar por el asco que te provoca? ¿Qué ven ellos que tú no ves? ¿Es acaso porque son mejores? «Son mejores pero estúpidos, porque no ven lo que yo veo, porque si lo viesen, no podrían dejar de sentir todo el asco que yo experimento». ¿Qué ven ellos que tú no ves? ¿Qué les permite a ellos ver?

Después de que sucediese esto ha nacido una relación de amistad con Antonella; antes ya existía, pero...

No te saltes los pasos. ¿Por qué surge la amistad con ella? La amistad surge si tú entiendes por qué ella consigue mirar lo que tú no eres capaz de mirar. Y justamente porque ella lo puede mirar, tú, en un momento dado, puedes empezar a mirarlo. Tú tienes que empezar a mirarte como te mira Antonella. Empieza a mirarte poco a poco así, y la próxima vez me dices por qué, qué ha sucedido, sí has descubierto algo más del motivo por el que ella es capaz de mirarte así. Ella no tiene ningún problema en mirarlo todo, que es lo que también te gustaría hacer a ti: hay muchas cosas que te fastidian y que tú no quieres mirar; te gustaría quitarte la rabia de encima. En cambio, te encuentras frente alguien que puede mirarlo todo, y descubres que con él o con ella puedes mirarlo todo. Nosotros hemos conocido a alguien con el que se puede mirar todo sin censurar nada. Porque si tú lo censuras, luego llevas encima todo el peso de lo que no puedes mirar. En cambio, tú puedes mirarlo todo para reconciliarte con todo. ¿Por qué puede san Pedro mirarlo todo? Tú no has hecho nada comparado con lo que hizo Pedro, que llegó incluso a negar a Jesús delante de todos, renegó de él: «No conozco a ese hombre» (Mt 26,72-74). Ha entrado en la historia Alguien que, mientras que Pedro estaba todo

preocupado – «¿Qué me dirá ahora? ¿Me reprenderá?»–, en lugar de reprenderle le mira sin censurar nada. Sabiendo lo que había hecho, le pregunta: «¿Me amas?» (Jn 21,16). ¿Comprendes de dónde nace la amistad de Pedro con Jesús? Nace igual que ha nacido tu amistad con Antonella: de alguien que te mira como Jesús miró a Pedro, que le había traicionado. Jesús te regala una persona como Antonella para que puedas descubrir que es capaz de despertar una amistad así. ¿Y por qué es tan importante una persona así? Porque, como somos unos pobrecillos y estamos llenos de cosas que no queremos mirar, podemos comprender qué tipo de necesidad tenemos de alguien que no tenga miedo de mirarlo todo. Sin esto no podremos ser amigos, porque siempre habrá algo que no queramos mirar. Por eso, si Jesús no hubiese mirado todo en nosotros, no podríamos ser amigos suyos, porque siempre habría algo de lo que nos avergonzaríamos. Con Él podemos mirarlo todo.

A. Bonfanti. Gracias, Julián, porque hemos hecho experiencia real de una amistad verdadera.